

El exilio en la *Luna*

INMACULADA DONAIRE DEL YERRO
Universidad Autónoma de Madrid

El 28 de marzo de 1939, las tropas franquistas entran en Madrid. Finaliza la amenaza para unos y comienza para otros. Ese mismo día en la sede de la Embajada de Chile en el paseo del Prado, 26, son acogidos 17 refugiados republicanos. El entonces encargado de Negocios, Carlos Morla Lynch –a quien Federico García Lorca había dedicado *Poeta en Nueva York*–, recuerda así su llegada:

Mientras el bullicio y el entusiasmo son delirantes en la calle, en tanto que la gran puerta de la Embajada, ampliamente abierta, da salida después de 33 meses de cautiverio, a los asilados liberados, penetran sigilosamente por la pequeña puerta señalada, escurriéndose cautelosamente contra el muro, los que acojo hoy, en este día apoteósico de victoria, día, para ellos, de duelo y de muerte¹.

Algunos habían llegado el día anterior, pernoctando en una sala contigua a las que acogían a los 700 refugiados afines a los sublevados, que conocerían la libertad ese 28 de marzo.

El motivo para el recuerdo de este grupo de asilados en el contexto de unas Jornadas dedicadas a la Cultura de la República no es otro que su contribución a la misma como creadores de la revista *Luna*, «la primera revista literaria del exilio español»². Si atendemos a la lista que fue facilitada al Ministerio de Asuntos Exteriores el 20 de abril de 1939, entre estos 17 refugiados se encontraban dos escritores, Antonio Aparicio Herrero y Pablo de la Fuente, quien ejerció como director de la revista, según sus propias palabras en carta dirigida a Manuel Andújar³; Aparicio, de la Fuente, así como los asilados Fernando Echeverría, arquitecto de profesión, y el artista Santiago Ontañón Fernández, ilustrador de la revista, estuvieron vinculados a la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Las peticiones de asilo de Echeverría y de la Fuente fueron ad-

¹ C. Morla, *Memorias*, tomado de J. Riquelme (ed.), *Luna. Primera revista cultural del exilio en España (1939-1940)*, Madrid, EDAF, 2000, p. 18.

² M. Andújar, «*Luna*, la primera revista literaria del exilio», en J. L. Abellán (dir.), *El exilio español de 1939*, tomo III, Madrid, Taurus, 1976, p. 87.

³ *Ibid.*, p. 88.

mitidas por la Embajada de Chile gracias a la mediación del poeta Rafael Alberti.⁴ Entre los refugiados se encontraba también el actor Edmundo Barbero, que se hizo cargo de la crónica teatral de *Luna*. Formando parte del grupo había tres estudiantes, José Campos Arteaga, Julio Romeo del Valle y Luis Hermosilla Cívico, hijo de Antonio Hermosilla Rodríguez. Éste, director del diario republicano *La Libertad*, se refugia en la Embajada chilena junto a su hijo y a Antonio de Lezama, redactor del diario. Lezama había sido autor de los artículos, aparecidos en *La Libertad*, «El santo laico. La tumba de Pablo Iglesias», el 1 de mayo de 1927, en la página 5, y «A la memoria del Apóstol laico. El mausoleo de Pablo Iglesias», el 6 de abril 1930, en la página 3. Sobre él recayó la responsabilidad, según refiere Santiago Ontañón en sus memorias⁵, de escribir el editorial de *Luna*. Completan el grupo los médicos José García Rosado, Esteban Rodríguez de Gregorio y Luis Vallejo y Vallejo; y los abogados Luciano García Ruiz, Aurelio Romeo del Valle y Arturo Soria Espinosa, nieto del diseñador de la Ciudad Lineal de Madrid. De estos 17 sólo participaron directamente en la confección de la revista *Luna*: Campos, De la Fuente, los dos Romeo, Aparicio, Barbero, Ontañón y Lezama⁶. Ontañón deja constancia del grupo en torno a su mesa de trabajo, en una de las ilustraciones del último número de la revista, *Luna* se nos muestra hoy como un testimonio de enorme valor histórico por dos motivos, fundamentalmente. De una parte, es la primera revista literaria del exilio español. Por otro lado, constituye una muestra de cómo la actividad cultural puede convertirse en refugio en el interior del refugio, en exilio dentro del exilio o, en palabras de Pablo de la Fuente, ser «uno de los métodos para mantener la moral en el año y medio que duró nuestro encierro en la Embajada»⁷. En este sentido, creo, hemos de interpretar su primer artículo, el poema «Luna nueva», en el que, a modo de manifiesto, se nos dice:

Luna que en nuestra misión
 –isla de dolor perdida–
 alumbra una nueva vida,
 da alientos a una canción.

Aquí los creadores de *Luna* declaran asumir conscientemente una «misión». No se trata, por tanto, de una *Luna* concebida como espacio en el que evadirse de esa realidad hostil, fragmentada, amenazante, así descrita en el poema:

Cielo cerrado, enemigo,
 orillado a la tormenta,
 sobre la zarpa sangrienta
 que trae el fascismo consigo.

Sino que este grupo de exiliados, en medio de la euforia vencedora del Madrid franquista, asume su misión reivindicativa de una voz, la de los vencidos:

⁴ C. Morla, tomado de J. Riquelme (ed.), *Luna*, Madrid, Edaf, 2000, p. 17.

⁵ S. Ontañón y J. M.^a Moreiro, *Unos pocos amigos verdaderos*, Madrid, Fundación Banco Exterior de España, 1988, pp. 204-205.

⁶ M. Andújar, *op. cit.*

⁷ *Ibíd.*

Luna con la sangre escrita
de tantos ejecutados,
hermanos nunca olvidados,
sangre que en nosotros grita.

LUNA: que sea nuestra voz,
como española sincera,
dorada como una era,
cortante como una hoz...

Si alguna unidad puede señalarse en los artículos que conforman los treinta números de esta revista «inédita y clandestina; secreta e insólita»⁸, es la que deriva de una temática y un tono fuertemente condicionados por la circunstancia histórica en la que se gestó. Entre los temas: la conciencia de derrota, la voluntad de mantener la esperanza de liberación y la elaboración de un legado testimonial como recurso frente al desesperante encierro y como cauce de libertad. En cuanto al tono, la unanimidad de la crítica irreconciliable contra los sublevados. Como muestra de ello, baste recordar las palabras de Edmundo Barbero en su artículo «El culto a la mentira», del último número de *Luna*:

Terminó la temporada teatral madrileña como empezó, sin un solo atisbo de inquietud, de sensibilidad, con la misma miseria moral e intelectual. Aunque esto no me ha sorprendido de puro esperado, no por eso deja de satisfacerme por ser un claro exponente del sentido negativo del fascismo.

«¿Cómo se ha conseguido esa unanimidad?» es la pregunta que se hace Antonio de Lezama en el último editorial de *Luna*. Encuentra su respuesta en el sentimiento común de «nuestro amor a la libertad, nuestro antifascismo arraigado muy en lo profundo».

El nombre de la revista, *Luna*, aparte de hacer referencia al aislamiento en que viven en esa «isla de dolor perdida» que es la Embajada de Chile, parece evocar el espacio nocturno al que les obliga la clandestinidad de su redacción. No en vano, como refiere Antonio de Lezama en el editorial del último número, «somos conocidos en el mundo del refugio por NOCTAMBULANDIA». Y más abajo aclara:

No fue caprichosa, no, la denominación, ni artificial nuestro deseo de vivir de noche. [...] «Lo mismo podáis haber hecho de día y no perder las horas de sueño». No, no podíamos, porque [...] el día era nuestro enemigo. Era bajo la luz del sol cuando se reunían los tribunales para condenar implacables y vengativos, era al apuntar el día cuando las sentencias se ejecutaban, [...]. Sólo cuando llegaba la noche, cuando el sueño impedía a los jueces seguir firmando sentencias de muerte, cuando acudía en ayuda de los encarcelados para hacerles olvidar su triste condición y su aún más triste destino, comenzaba nuestra vida.

A dicha clandestinidad les obliga la continua amenaza de un asedio por parte de las tropas de Franco, cuyo Gobierno no reconoce el derecho de asilo. Su aceptación de esta práctica en casos excepcionales y por motivos humanitarios estuvo motivada por el refugio que supusieron las embajadas de la capital para los contrarios al Frente Popular, durante los tres años de enfrentamiento abierto, en los que Madrid permaneció bajo la influencia del Gobierno de la República. Esto hace que resultase especialmente peligrosa la situación de nuestros 17 refugiados en la Embajada de Chile, así como la de otros asilados en las sedes diplomáticas de ese –para los vencedores– «Madrid liberado». Sobre todo, si tenemos en cuenta, por un lado, que España no había suscrito nin-

⁸ Portada de su edición por J. Riquelme, *op. cit.*

gún convenio internacional que le obligase a reconocer como derecho el asilo diplomático; y, por otro lado, que Chile no reconoció al Gobierno de Franco hasta el 6 de abril de 1939. Esto dejó a la Embajada desprovista de inmunidad diplomática legal durante diez días, del 28 de marzo al 6 de abril. Un día antes, el 5 de abril, el edificio, custodiado permanentemente por la policía del nuevo régimen, estuvo a punto de recibir el asedio de las tropas franquistas. Así lo recuerda Santiago Ontañón⁹, relacionándolo con un insulto dirigido contra Franco a su paso por el paseo del Prado, 26. Aunque el ilustrador de *Luna* niega cualquier responsabilidad por parte de los exiliados allí acogidos, cree que este incidente sirvió de detonante para el intento de asedio del 5 de abril:

[...] una noche llamaron a la puerta insistentemente, diciendo que abriésemos. Estábamos solos y, en esas condiciones, habíamos convenido no hacerlo jamás. Los golpes en la puerta arreciaban, acompañados de gritos que prometían que no iba a pasarnos nada. Colocamos todos los muebles que pudimos a la entrada y llamamos urgentemente al embajador, que entonces era Núñez Morgado y vivía en el Ritz, contándole lo que pasaba. Era un hombre muy de derechas, pero se portó bien. A los pocos minutos, se presentó el agregado militar de la embajada vestido con traje de gala [...]. Cuando le abrimos, tomó la bandera que había en el mástil, de unos dos metros por tres, abrió la puerta y mientras la tendía en el suelo les desafió:

— Ustedes vienen a por estos señores, que están aquí asilados legalmente. Tienen armas y se los pueden llevar, pero para ir a por ellos, tienen que pisar esta bandera.
No se atrevieron.

Según Carlos Morla, se trataba de un asedio anunciado:

El 5 de abril en la tarde, Enrique Gajardo¹⁰ [...] me llama apresuradamente. Ha recibido una denuncia, de fuente autorizada, según la cual habríase acordado la detención de los escasos asilados que hemos acogido; para ello, agrega la información, se utilizarían fuerzas moras para evitar toda alegación de nuestra parte. No hablan ni entienden el castellano¹¹.

Ontañón también recuerda cómo habían tenido noticia de un episodio similar ocurrido la noche anterior en la sede de la Embajada de Panamá. El otro país que aún conservaba relaciones diplomáticas con el Gobierno de la República en el exilio y que tampoco había reconocido aún la legitimidad del Régimen militar de Franco. En este caso, como recoge Carlos Morla Lynch en su *Memoria*, los asilados republicanos fueron detenidos.

El día después del intento frustrado de vulnerar la extraterritorialidad de la Embajada, Chile reconoce al Gobierno militar de España y Carlos Morla Lynch es sustituido por el representante chileno ante el Gobierno de Burgos desde 1938, Enrique Gajardo. Estas medidas no debieron de parecerle suficientes al Régimen franquista, pues, según relata Santiago Ontañón cuarenta años después¹² en una entrevista concedida a Manuel Vicent, sufrieron otros dos intentos de asedio en la Embajada.

⁹ S. Ontañón y J. M. Moreiro, *op. cit.*, pp. 204-205.

¹⁰ Representante chileno ante el Gobierno de Burgos desde 1938.

¹¹ Tomado de J. Riquelme, *op. cit.*, pp. 11-12.

¹² M. Vicent, «Tertulia de tarde con S. Ontañón», *El País*, 3 de octubre de 1981, pp. 11-12.

El 20 de abril de 1939, el nuevo encargado de Negocios, Enrique Gajardo, envía al Ministerio de Asuntos Exteriores español una relación con los nombres de los 17 asilados, solicitando el salvoconducto para su evacuación. Cumple así con lo establecido en los convenios de La Habana (1928) y de Montevideo (1933). Sin embargo, España no había firmado ni unos ni otros acuerdos. Chile, confiando en la presión de los otros países latinoamericanos, optó por mantener su petición, a pesar de la amenaza del Gobierno español de no autorizar nuevo embajador hasta que no le fueran entregados los 17 republicanos.

El clima de tensión en el interior de la Embajada chilena debió de recrudecerse aún más cuando la Auditoría de Guerra del Ejército de Ocupación hizo públicas sus conclusiones, en julio de 1939, según las cuales, 5 de los 17 asilados podían ser condenados a pena de muerte y sobre otros 6 podían recaer penas de treinta años de reclusión mayor. Esta situación se prolongó durante todo el verano de 1939.

En octubre de ese año, el Gobierno chileno consigue que el Régimen de Franco conceda el salvoconducto para cuatro de los 17 refugiados: Fernando Echeverría, Antonio Hermosilla, Arturo Soria y Luis Vallejo. Por este motivo ninguno de ellos formó parte del equipo de redacción de *Luna*, confeccionada por primera vez en la noche del 26 al 27 de noviembre de 1939, tras ocho meses de encierro.

En ese primer ejemplar encontramos ya cuatro de las secciones que aparecen con mayor constancia a lo largo de sus treinta números de vida. El último data de la noche del 16 al 17 de junio de 1940. Estas cuatro secciones preeminentes son: la serie de artículos bajo el nerudiano título de «España en el tormento», la «Crónica teatral» a cargo de Edmundo Barbero, el «Cuaderno de poesía» que fueron confeccionando a lo largo de los siguientes siete meses de encierro y la sección titulada «Notas de lectura», dedicada a reseñas literarias, con la que se cierra cada número.

El primero de ellos se inaugura con el poema-manifiesto «Luna Nueva», al que me referí más arriba. Y tras él el primer artículo, «Anfístora», de Santiago Ontañón. Su título es una palabra creada por Federico García Lorca:

Anfístora es la mujer que está en ese vértice afiladísimo en que converge lo encantador, lo exquisito y lo grotesco, lo risible. La maravilla estética y la exaltación de lo cursi. Suele, debe de ser, ampulosa, exhuberante y confundirse con un poema de Juan Ramón y una página en colores del Blanco y Negro.

El artículo es, en realidad, una elegía dedicada a Federico, como víctima emblemática de «la zarpa sangrienta / que trae el fascismo consigo». Dice Ontañón:

Ya no podrá sentirte tu poeta. Yo humildemente te prometo acariciarte con la suave marta de los pinceles y conseguir que aquellas almas sensibles y escrutadoras te amen como él y yo amamos siempre.

La ilustración del texto, del propio Ontañón, hace referencia al título. Anfístora va a constituir uno de los símbolos que cruzan la revista a lo largo de sus treinta lunas de existencia. Podemos rastrear su estela en las portadas de los números 1, 3, 8, 10, 30, así como en las ilustraciones interiores de los números 2 y 17, entre otros lugares. Con un más que evidente significado simbólico, la imagen de Anfístora se nos presenta dormida «sobre un lecho de ro-

sas», en la portada del primer ejemplar, y «despertando de su sueño de treinta lunas» en la del último número de la revista. A través de «Anfístora», la figura emblemática de García Lorca se nos muestra como uno de los referentes ideológicos y estéticos de *Luna*. El homenaje al poeta aparece de forma más explícita y en su vertiente más lúdica en el número 14, con la publicación de la obra de guiñol *el Retablillo de don Cristóbal*. Algunos poemas de Federico entran a formar parte de la sección «Cuaderno de poesía». Entre otros, seleccionan aquel en que la «Luna» reclama:

No quiero sombras. Mis rayos
han de entrar en todas partes,
y haya en los troncos oscuros
un rumor de claridades,
para que estas noches tengan
mis mejillas dulce sangre, [...].

A García Lorca le reservan el ejemplar confeccionado en la Nochebuena de 1939, en el que la tristeza ante tantas ausencias es uno de los temas centrales del artículo con el que se abre este quinto número: «Nochebuena 1939», de Aurelio Romeo. Junto al sentimiento de ausencia, el desánimo del grupo y la reflexión sobre el «dolor del sacrificio actualmente estéril». La desesperación de saberse «prisioneros» les «opreme el alma». Pero el encierro no llega a eclipsar su conciencia de alteridad: «Y pensando en nuestra abundancia –dice Romeo– nos sentimos avergonzados, comparando nuestra situación con los que están penando en las cárceles nacionalistas.» Ontañón, por su parte, selecciona el tema de la huída a Egipto para ilustrar la revista de esa noche.

Si en la palabra poética de García Lorca encontramos representada la voz de los ausentes en el «Cuaderno de poesía» de esa «noche negra», como la llama Romeo, esta muestra antológica de las voces que iban a ser oficialmente silenciadas en la historia de nuestras letras se inicia, de forma igualmente significativa, con Antonio Machado: el poeta exiliado y muerto en ese exilio nueve meses antes de la confección del primer ejemplar de *Luna*; Machado reaparecerá en el número 26 con «La tierra de Alvargonzález».

A Miguel Hernández dedican el artículo «Miguel Hernández condenado a muerte», en el número 10, en el que encontramos un testimonio tan contrario a la imagen de unidad del Régimen militar como éste:

No hemos sido nosotros los únicos afectados profundamente por la noticia. Hombres que se agrupan en campos diversos, todos bajo las banderas de Franco, se han sentido sobrecogidos ante la amenaza que pesa sobre Miguel Hernández.

En el mismo ejemplar, en la sección «España en el tormento», se le rinde homenaje citando sus propios versos:

¿Morir? ¿Podré resistir
tamaño acontecimiento,
o moriré en el momento
en que me vaya a morir
de pena y de sentimiento?

Miguel Hernández había visitado a Antonio Aparicio en la Embajada de Chile, pero no llegó a integrar el grupo de asilados, bien por decisión propia¹³, bien por la negativa de Carlos Morla¹⁴.

Junto a García Lorca, Machado y Miguel Hernández, se encuentran otros nombres representativos tanto de la represión ejercida por el fascismo español como de la literatura del país de acogida: Rafael Alberti, Juan Ramón Jiménez, Juvencio Valle, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Gabriela Mistral o Emilio Prados son sólo algunos de ellos.

Podríamos considerar que la misión reivindicativa de esas voces acalladas y, a la vez, la gratitud hacia la República chilena son dos fuerzas motrices de la labor emprendida por los integrantes de Noctambulandia. La unión de ambas motivaciones encuentra su reflejo en el hecho de que, junto a Federico, exista otra presencia fundamental: la de Pablo Neruda. El poeta del país de acogida y el poeta de *España en el corazón*. El nombre elegido por los asilados españoles para su revista, *Luna*, bien podría haber sido inspirado por los versos de «Invocación» con los que se inicia ese poemario:

España, cristal de copa, no diadema,
sí machacada piedra, combatida ternura
de trigo, cuero y animal ardiendo.
Mañana, hoy, por tus pasos
un silencio, un asombro de esperanzas
como un aire mayor: una luz, una luna,
luna gastada, luna de mano en mano,
de campana en campana!

A su obra se dedica la sección de poesía del segundo número de la revista, así como el artículo «Cerca de Neruda», del número 19. Aunque no incluyen ningún poema de *España en el corazón*, este título parece resonar a lo largo de la mayoría de sus números en la serie de artículos que componen «España en el tormento». Y es, precisamente, en el primero de ellos, donde aparece el que podríamos considerar el tercer referente ideológico y estético de *Luna*: la cultura popular.

La inserción de lo popular hemos de entenderla, creo, como una muestra de reconocimiento hacia todos esos españoles para los que la Guerra Civil no supuso tanto una pugna ideológica como una lucha armada de clases¹⁵. A ellos se referiere la estrofa con la que culmina el poema-manifiesto del primer número de *Luna*:

LUNA: que sea nuestra voz,
como española sincera,
dorada como una era,
cortante como una hoz...

¹³ A. del Hoyo, «*Dramatis personae*: Carlos Morla Lynch y Miguel Hernández», *Ínsula* (marzo/abril 1980). Depósito hemeroteca de Filosofía.

¹⁴ P. Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral, 1974, pp. 153-155.

¹⁵ Para Jesucristo Riquelme –quien rescató *Luna* de la amnesia histórica y vio realizado su proyecto de edición en el año 2000–, «esta mezcla entre lo popular y lo culto, entre la imaginación individual y la tradición» tiene una raíz «innegablemente lorquiana» y su modelo paradigmático en la recreación de la voz «Anfístora». J. Riquelme, *op. cit.*, p. 57.

Esa misma interpretación de lo que supuso la Guerra Civil la encontramos en el editorial «España en el tormento» del primer número de *Luna*. En él la «misión» testimonial asumida por sus redactores pretende trascender lo estético y lo ideológico, y llegar a lo vivencial:

Ha terminado la guerra y Juan Soldado llora en un rincón [...]. ¿Por qué llora Juan Soldado? Es que recuerda.

Juan Soldado es campesino, es obrero, oficinista, pero sus manos hace mucho tiempo que dejaron el arado, el torno, la pluma [...].

No es comunista, ni es republicano, ni es socialista, ni es confederal, es pueblo de España que se revuelve contra la traición [...].

No quiere ascensos ni glorias, quiere lo que es suyo, su tierra y su pan, su patria y su hogar.

Idéntica reivindicación patriótica, en contra del falaz y «encendido patriotismo de las clases conservadoras», como lo llama Edmundo Barbero en «El culto a la mentira» (*Luna* 30), es reiterada en el número 10, a través del poema de José Lezama «Versos del refugiado. Nunca seré apátrida»:

Yo tenía una patria
de cielo azul
y altas montañas [...].
Patria adorada
que un 14 de abril
de primavera clara
el régimen cambió
y libertad se daba
entre cantos y risas [...].
Hoy es un inmenso cementerio
en que negros destacan
tricornios y fusiles
de los feroces guardias,

las rojas boinas,
manteos y sotanas,
decadentes italos,
falangistas y moros y beatas [...].
No lograrán su empeño.
Para hacerme un apátrida
tendrán que quitarme mi apellido,
borrar la villa vasca
donde nací
y con una tenaza
arrancarme la lengua,
la lengua castellana
que sin temor y a gritos
traidores los proclama.

Versos estos en los que parece existir un homenaje a Neruda, por los ecos de su poema «Explico algunas cosas» de *España en el corazón*:

Yo vivía en un barrio
de Madrid, con campanas,
con relojes, con árboles [...].
Mi casa era llamada
la casa de las flores, porque por todas partes
estallaban geranios: era
una bella casa
con perros y chiquillos [...].

Y una mañana todo estaba ardiendo [...].
Bandidos con aviones y con moros,
bandidos con sortijas y duquesas,
bandidos con frailes negros bendiciendo
venían por el cielo a matar niños,
y por las calles la sangre de los niños
corría simplemente, como sangre de niños.

Otras muestras de la importancia concedida a la tradición popular las encontramos en el artículo del número 1 de *Luna*, «Vox populi», de Antonio de Lezama, donde se dice del cancionero popular «que es también libro sagrado cuyas páginas son la memoria de millones de seres que viven, ríen, lloran y cantan». Y del que Lezama extrae esta copla que viene, usando sus propias palabras, «como anillo al dedo o como pedrada en ojo de falangista»:

Republicana es la luna,
republicano es el sol,
republicana es la tierra,
republicano soy yo.

En el tono festivo de esta y otras coplas, Lezama parece refugiarse de la situación de tensión que se vive en la Embajada. Tras una nueva ruptura de las negociaciones, Chile solicita la mediación de Brasil a finales de 1939. En estas fechas tiene lugar el traslado de la sede desde su ubicación inicial en el paseo del Prado, 26, a la calle de Miguel Ángel en su confluencia con el paseo de la Castellana. Este recorrido por la arteria principal de Madrid es narrado por Antonio de Lezama en el número 6 de la revista, confeccionado en la Nochevieja de 1939, en su artículo «De la calle Prado al paseo de la Castellana», en el que aún muestra la esperanza en el mañana:

A la derecha se ve la monumental Puerta de Alcalá, en cuyo arco central proyecta el fascismo colocar una imagen del Pilar, pero bajo el cual está preparada la tumba de los héroes de Jaca que allí reposarán cuando España torne a ser lo que era.

Una esperanza que también asoma en la ilustración –como siempre, a cargo de Santiago Ontañón– que precede al artículo de la serie «España en el tormento». En ella se recrea la imaginería popular de la Semana Santa con una Dolorosa portando una sábana en la que aparece la inscripción «Dolor del año de 1939» –el llamado «año de la victoria»–. Y a sus pies, como surgiendo del borde inferior del marco, como el niño que acaba de nacer o como la planta que reverdece, situados también ahí abajo, casi oculta, aparece otra inscripción: «Esperanza de 1940». Aunque escasa es la esperanza que les infunde la prensa a la que tienen acceso. En la sección «Notas políticas» se lee:

La Nochebuena pasó sin alegría popular, como han reconocido incluso los periódicos. El Fin de Año ha servido para que el pueblo sepa por boca del Dictador que no hay esperanzas de amnistía sino promesas de mayor represión. Aunque estas afirmaciones se han dado envueltas entre pruebas de fracaso, no por ello son menos desagradables.

La esperanza se torna en dolor en el ejemplar confeccionado la noche del 24 al 25 de marzo de 1940, a punto de cumplirse un año de encierro. Es este un número marcado por una dolorosa conciencia de pertenencia a la España de los vencidos. Así parece desprenderse de la nota editorial que, a modo de esquela en «recuerdo doloroso e indeleble del 28 de marzo de 1939», encabeza la primera página. Dicha nota concluye con esta reivindicación restauradora del orden constitucional:

¡28 de marzo de 1939!
¡La República ha muerto!
¡VIVA LA REPÚBLICA!

Este mismo dolor es el que refleja Santiago Ontañón en «Semilla a la poesía», preconizando un futuro «viaje a la semilla» de las artes como recuperación de la memoria «que hará, a través de los siglos, sentir el drama hondo, doloroso e injusto por el que hemos pasado». La conciencia de derrota da lugar a la reflexión de Pablo de la Fuente sobre el papel de la clase obrera durante la guerra en su artículo «Los obreros en la lucha».

De la conciencia de derrota parece surgir el tono singularmente belicista de este ejemplar de *Luna*, como muestra de indignación frente a la amnesia resignada que se iba instalando en las conciencias de los españoles. Dicho espíritu de lucha anima artículos como «¡Arriba los muertos!», donde José Lezama afirma:

De toda esa gentuza, de toda esa canalla dorada es la responsabilidad de una guerra que ellos provocaron e iniciaron, de dos años y medio largos de negra lucha; de crímenes sin cuento, de ruinas, de dolor y de vergüenza.

Otras muestras de ese tono combativo las encontramos también en el artículo autobiográfico de José Campos, «Julio 1936 – julio 1937», en el que nos da noticia de su intervención armada en la defensa de Madrid, o en el recuerdo de Edmundo Barbero sobre la «Sublevación de Andalucía». Resulta especialmente significativa, en este sentido, la adición del modificador «de guerra» al título de la serie antológica «Cuaderno de poesía»; donde, además, se nos informa explícitamente del deseo truncado por «las limitaciones materiales y la ausencia de textos» de haber introducido una «selección de la poesía de combate que floreció durante la guerra». Siete son los poemas incluidos y dos los poetas, Rafael Alberti y Miguel Hernández. Entre ellos, el poema de Alberti «A las brigadas internacionales».

En esa misma línea de gratitud al apoyo internacional recibido por la República española, el número siguiente de *Luna*, elaborado tres días después del aniversario de su llegada a la Embajada, es todo un gesto de agradecimiento hacia el país de acogida y hacia el ministro de Chile en España en ese momento, Germán Donoso Vergara. Así lo expresan en su «Dedicatoria»:

Un año se cumplió el 28 de marzo de nuestro ingreso en la Embajada de Chile, huyendo de una muerte probable y de cruel y seguro encarcelamiento.

Quiere LUNA expresar [...] toda la admiración y gratitud que siente por la República chilena, y temerosa del empeño busca en el estro magnífico del inmortal Rubén Darío y en la prosa de un literato chileno un homenaje a la nación americana [...].

Buena muestra de ese sentimiento de gratitud y de la confianza que los refugiados tenían depositada en Germán Donoso –«nuestro querido don Germán», lo llama Lezama en el editorial del último número– es el hecho de que le regalaran su revista, como recuerda Ontañón, «el día que salimos del exilio [...] en prueba de agradecimiento». Gracias a ello *Luna* pudo salvarse, literalmente, de la quema.

Por estas fechas, a comienzos del mes de abril de 1940, Brasil accede a la petición chilena de actuar como mediador ante el Gobierno de Franco a favor de la evacuación de los 13 republicanos refugiados en la Embajada. Los asilados, por su parte, parecen haber albergado alguna esperanza sobre su liberación a tenor de la «Nota Política» que podemos leer en el citado número 19 de *Luna*. Como un año antes, lo que para unos es fiesta y bullicio en las calles de Madrid, es para otros encierro y esperanzas frustradas:

La preparación de las fiestas que conmemoren el aniversario de la terminación de la guerra ha ocupado la actualidad nacional. No se sabe si con este motivo habrá algún indulto o si se limitará todo a la charangada militar y los extraordinarios de tipo provinciano como los que hoy han publicado los periódicos de la «capital del imperio».

Dos números después, la confección de la revista coincide con el aniversario del triunfo de la República en el ya lejano 1931. En esa noche del 14 al 15 de abril de 1940, Antonio de Lezama recuerda aquella noche del 13 de abril en la que caminaba por el paseo de Martínez Campos junto a su amigo y camarada Pepe Escudero:

Vamos silenciosos y preocupados. ¿En qué pensamos? ¡Seguramente en tantas luchas y trabajos como hemos realizado para llegar a un punto cuyo final ignoramos. Acaso el triunfo de nuestros ideales, tal vez la vuelta a las cárceles o el tiro que nos derribe al suelo como trágicos muñecos.

Un mes después, en mayo, un numeroso grupo de intelectuales chilenos, entre los que se encuentran Pablo Neruda, Juvencio Valle y Nicanor Parra, firman un manifiesto en defensa de los asilados republicanos en la Embajada de Chile en Madrid.

El último número de *Luna* aparecerá un mes después. En la noche del 16 al 17 de junio de 1940. Esta fecha no coincide con la de la liberación de sus redactores, sino, en cierto sentido, todo lo contrario. La actividad periodística del grupo Noctambulandia cesa debido a un nuevo revés en las relaciones hispano-chilenas, que llevó al encargado de Negocios de la Embajada a abandonar España en julio. Los refugiados quedaron entonces bajo la protección del embajador de Brasil, Abelardo Roças. La nueva crisis diplomática no sólo supuso el cese de su actividad periodística, sino también la destrucción de una gran parte de ella. *Luna* se salvó. Pero los refugiados en la Embajada elaboraron, además, un diario, *El Cometa*, que hubo de ser destruido, como recuerda Santiago Ontañón en sus memorias, «ante la nueva amenaza de asalto que se cernía sobre la Embajada, una vez que Chile había roto relaciones diplomáticas con Franco»¹⁶. La existencia de *El Cometa* también es mencionada por Antoino de Lezama en su último editorial, en el que anuncia el final de *Luna* y el final de su encierro, «Último número».

En septiembre Roças consigue el salvoconducto para ocho de ellos, entre los que se encuentran cuatro miembros del grupo de redactores de *Luna*: Aparicio, Campos y los dos Romeo. Los cinco refugiados restantes permanecieron en Madrid hasta el emblemático 12 de octubre.

¹⁶ S. Ontañón y J. M. Moreiro, *op. cit.*, pp. 204-205.